

Manual del Caballero Rosacruz

Aldo Lavagnini - Magister

013

IGNE NATURA RENOVATUR INTEGRA

La palabra que hemos podido encontrar, por medio de la purificación del elemento personal que constituye la manifestación de nuestro ser, nos lleva en Íntimo contacto con el propio agente de aquella manifestación, que es el fuego interior que produce la vida en todos sus aspectos, el misterioso flogístico de que se sirve la naturaleza en todas sus obras, produciéndolas, conservándolas y reformándolas, y apareciendo así, a veces como Creador, a veces como Conservador, y otras como Destructor.

Es un fuego filosófico, o sea, inteligente, encarnando la Divina Sabiduría, que por su obra nos lleva a comprender, dado que actúa no solamente en lo físico y lo material, sino igual y especialmente en nuestra psiquis, y también en nuestra más sutil esencia espiritual, de la que es el principio animador.

Por lo tanto, en su naturaleza más profunda y en su aspecto más elevado, el Fuego se identifica con la Divinidad, de la que es el símbolo material más puro y apropiado: es el celeste Inir o Indra, que veneraban los arios antiguos también en su aspecto terrenal Igon o Agni, que llegó a ser entre los latinos el Ignis, que enciende, y por lo tanto, se expresa en su propia víctima sacrificial **-el signo Aries, del zodiaco-**, entrado en el ritualismo de la iglesia romana como Agnus Dei, el Cordero de Dios.

Ese Fuego que adoraban, y siguen adorando los Parsis, como el más puro elemento y la más pura expresión divina, es el mismo en que Dios aparece a Moisés como un zarzal ardiendo, e igualmente como el Fuego que quema y hace temblar la cumbre del Sinaí, al hacer manifiesta su voluntad. Y es el mismo a que alude San Pablo, habiéndolo reconocido como mística realidad (Hebr., 12-29): "Porque nuestro Dios en un Fuego Consumidor".

El Zeus del helenismo, como Señor del Rayo, así como el Thor de los pueblos germánicos, encarna ese mismo principio; y al manifestarse, por habérselo prometido, en toda su gloria divina a su amante Semelé, no puede a menos de abrasada, ocasionando de esta manera la prematura salida del niño

Dionisio, todavía incompletamente formado, al que Júpiter tuvo que coser por otros tres meses a su propio muslo.

Ese Fuego que consume la naturaleza mortal y hace inmortal al que sabe resistir su poder purificador y regenerador, es el mismo que usa Deméter, procurando hacer de esta manera incorruptible y no sujeto al destino común de los hombres, al niño Demofonte que Metanira, esposa de Celeo, había confiado a sus cuidados. Y es el propio fuego filosófico que usan los alquimistas verdaderos en sus místicos trabajos, cuyo objeto es constantemente revelar y restaurar, haciéndola manifiesta sensiblemente la Divina Perfección de la materia prima, que se encuentra en estado latente, en todo ser, en toda cosa y forma exterior.

La rosa es otro símbolo de esa interna perfección filosófica Ideal y Divina, que se expresa exteriormente por su florecer, derramando el perfume que la hace patente a nuestro sentido más material. Por su color también representa la aurora la celeste Usha que anuncia y profetiza esa Perfección, representada por el resplandor y la gloria del Sol que se levanta, para iluminar el día de la Verdad, después de la noche fría y oscura de la Ignorancia. Este color, precisamente indica en la **-Gran Obra que se ha encontrado la piedra filosofal-** el sólido conocimiento operativo de la Verdad, o sea, la palabra que se busca en este grado en que la misma Madre Divina se hace manifiesta, para parir al Hijo de Dios.

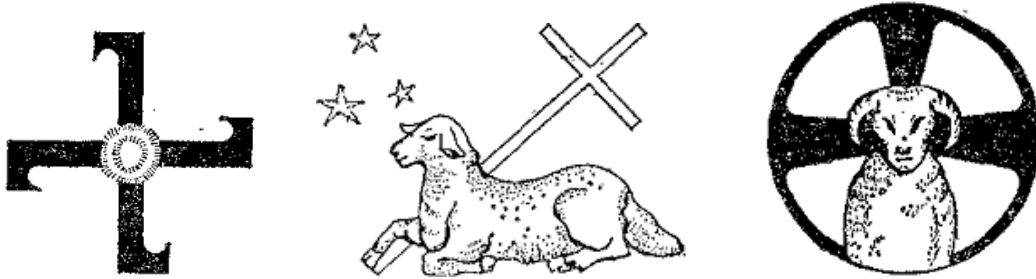
Ese Niño Divino, cuyo nacimiento que es resurrección, en dos formas distintas, se ha celebrado desde épocas remotísimas, y todavía se sigue celebrando, en el Solsticio de Invierno y en el Equinoccio de Primavera, es aquél que el propio fuego simboliza, al ser producido **-como la rosa en la cruz-** en la pramantha, cruz de manera que dio origen al símbolo de la svástica, y también su nombre a Prometeo, el profeta inspirador de la humanidad, y el primero en revelar el fuego a los hombres. El mismo nombre Deus-Deva-Zeus, ¿no significa el luminoso, el brillante, el resplandeciente, o sea, el atributo natural del día y del sol, como igualmente del fuego?

LA RESURRECCIÓN HERMÉTICA

Sin embargo, en su aspecto de renovador y regenerador, su festividad más apropiada es el principio del año solar, o sea, el equinoccio primaveral,

cuando el Sol entra en el signo de Aries, el Cordero celeste o Divino, y así una nueva vida aparece para toda la naturaleza, y especialmente la vegetación.

En esa misma época (o sea, el mes de anthesterión), se celebran los pequeños misterios de Eleusis, siendo el tiempo del año en que Coré-Perséfone es restituida a la madre, saliendo de los infiernos en que reside durante el período invernal.



Al fuego sagrado que se encendía en esta época del año -como también lo acostumbra el ritual romano encendiendo el sábado santo el fuego nuevo y el cirio pascual, por medio del triángulo (Ese triángulo nos recuerda el que se halla en el cielo, precisamente sobre la cabeza de la constelación de Aries) símbolo de la vida renovada de la naturaleza, ofrecían los arios primitivos pan y soma (equivalente del vino, como la esencia espiritual y la sangre de la vegetación), después de haberle ungido con manteca: de aquí el nombre de akta-agni o Agnus, y de Christós en griego.



La festividad especial de los rosacruces, el jueves santo (el día de la C., según la Fama), es igualmente la glorificación del fuego místico o filosófico,

que regenera y renueva toda la naturaleza, y por cuyo ardor interno, que consume y destruye todas las impurezas físicas y morales **-el segundo bautismo de que hablaba Juan-** igualmente el ser del hombre se renueva físicamente y se reintegra espiritualmente, resurgiendo en toda su fuerza la Vida Elevada **-crística o hirámica-** de la Individualidad, por medio de la crucifixión de la personalidad.

La muerte mística (In Iesu moriemur, Reviviscimus per Spitem Sanctum) de los rosacruces, simboliza por la cruz de la crucifixión -o sea la cruz latina, en que predomina todavía la parte inferior, alegórica de la personalidad terrenal- y la pasión de la piedra es la muerte en la ilusión de la personalidad.

Para que el Ser Verdadero (la vida hirámica) pueda ser levantado o exaltado, resurgiendo en su gloriosa plenitud, después de la muerte o regeneración de la Piedra que, como sepulcro, le ocultaba en la ilusión de su propia ignorancia, efecto del obscurecimiento tamásico. Es entonces, al aparecer de la rosa, o del color rosado de la aurora, cuando la piedra bruta del hombre ordinario, después de haber sido piedra labrada o cúbica en el hombre cultivado o iniciado que se esfuerza en el sentido de la perfección **-el sepulcro formado por esa piedra, y la cruz de la pasión, son dos símbolos de una misma realidad-** llega a ser, por su resurrección hermética, la propia piedra filosofal (que se identifica con la rosa mística), habiendo vencido el estado tamásico que representa la sal, por medio del rajas del azufre, y finalmente encontrado el mercurio filosófico, que representa el estado sátvico de la pureza divina o ideal.

El color rosado de la llamada Cámara Roja, es otro símbolo de la piedra filosofal o de la resurrección hermética, que también representa el ave Fénix, sagrado al dios Hora, entre los egipcios y, hermosa alegoría de la regeneración individual, que fue uno de los símbolos preferidos por los alquimistas y los rosacruces. Representa ese color el ultra violeta (pues, pertenece a una octava de vida superior, y no debe confundirse con el rojo ordinario, que es el rajas de raga, la pasión), o sea, el estado de rajas purificado al encontrarse la Palabra de la Verdad, que restablece la armonía divina (el Reino de los Cielos), en el dominio individual: el amor puro, simbolizado por el Pelícano, que, para el Hombre Liberado, es el motivo impersonal de todas sus acciones.